

dijo un devoto ¹: «Eres Dios, eres quien eres, gloria mía». ¿Quién puede definir tu grandeza? ¿Quién puede describir tu poder? ¿Quién puede delinear tu hermosura? ¿Quién puede referir tu bondad? ¿Quién puede explicar tu esencia? ¿Quién puede celebrar tu piedad? ¿Quién puede pregonar tu justicia? Nadie puede comprender todo esto, y todos podemos aprovecharnos desto. No puedo definir tu grandeza, y puedo adorar tu inmensidad. No puedo describir tu poder, y puedo valerme de tu omnipotencia. No puedo delinear tu hermosura, y puedo amar tu belleza. No puedo explicar tu esencia, y puedo venerar tu sér. No puedo celebrar tu piedad, y puedo abrazar tu misericordia. No puedo pregonar tu justicia, y puedo temer tu rectitud. Ayúdanos, Dios mío, en lo que podemos, para que veamos lo que no podemos. ¿Quién en esta vida puede definirte, dulce Dios mío? No eres tanto para definido como para amado. No eres tanto para explicado como para alabado. No eres tanto para referido como para obedecido. Yo te adore, y otro te explique. Yo te alabe, y otro te refiera. Yo te obedezca, y otro te describa. No quiero explicarte, sino adorarte. No quiero describirte, sino alabarte. No quiero definirte, sino amarte. Quien menos te entiende, mejor te entiende. Quien menos presume, más te alcanza. Quien menos piensa de sí, más altamente piensa de Dios. Quiero no saber nada, y quiero saber á Dios. Quiero entender que no entiendo nada, y quiero atender á Dios. No puede bastar todo el mundo á describir al Autor del mundo. ¿Qué es todo lo criado en tu presencia? ¿Qué es todo poder con tu poder? ¿Qué es todo saber con tu saber? ¿Qué es todo sér con tu sér? Nada pesa delante de Dios, nada puede contra Dios; nada sabe opuesto á Dios, todo es nada comparado á Dios. ¿De quién depende toda hermosura?

¹ Episc. Trascal.

ra? De tu Hermosura. ¿De quién depende todo sér? De tu Sér. ¿De quién depende toda sabiduría? De tu Sabiduría. ¿De quién depende todo poder? De tu Poder. Los cielos son pequeños para comprenderte. La tierra es corta para hospedarte. Lo criado no basta para abarcarte. El Cielo te conoce por su Criador, el mundo por su Hacedor, el infierno por su Señor. Los Ángeles te sirven, los Arcángeles te respetan, los Tronos te honran, las Dominaciones te adoran, las Potestades te temen, los Serafines te aman, los Querubines te reverencian, los Santos te glorifican, las almas te buscan, los elementos te obedecen, los demonios te tiemblan. De tu luz huyen las tinieblas, de tu verdad huyen las mentiras, de tu bondad huyen las maldades, de tu caridad huyen las iras, de tu amor huyen las tibiezas. Tu prudencia todo lo gobierna, tu poder todo lo obra, tu hermosura todo lo ilustra, tu discreción todo lo sazona, tu sér todo lo vivifica, tu grandeza todo lo llena, tu liberalidad todo lo beneficia, tu piedad todo lo remedia, tu querer es obrar, tu mandar ejecutar, y tu gozo es amar. Eres fuerte con agrado, grande sin embarazo, bueno sin defecto, piadoso sin flaqueza, poderoso sin vanidad, blando sin indignidad, justiciero sin crueldad. Todo es tan bueno en Dios, que nada hay mejor en Dios, ni nada tan bueno como Dios. No es mejor tu justicia que tu misericordia; ni mayor tu bondad que tu sabiduría; ni tu Sér que tu poder. Todo es todo en Dios, y todo es uno en Dios, y no hay parte dividida en Dios. ¿Cómo á este Sér no busca mi sér? ¿Cómo á este Amor no busca mi amor? ¿Cómo á esta dicha no aspiro? ¿Cómo este bien no granjeo? ¿Cómo á esta gloria no anhele? Lágrimas de sangre lloren mi maldad, sangre del corazón llore mi olvido. El corazón deshecho llore mi daño. Quiero, Dios mío, esconderme para hallarte. Quiero dejarme para buscarte. Quiero perseguirme para

seguirte. Quiero negarme para confesarte. Quiero morir á mí para vivir á Dios. Quiero vivir en Dios para morir en mí. ¡Oh bondad admirable! ¡Grandeza incomprensible! ¡Poder formidable! ¡Hermosura amable! ¡Justicia terrible! ¡Piedad inefable! ¿Quién te deja de amar, Hermoso mío? ¿Quién te deja de servir, Dios mío? ¿Quién te deja de adorar, Dios mío? Porque no te conocen, no te reconocen; porque no te tratan, no te aman; porque no te gustan, no te buscan. Criaturas, buscad al Criador; amantes, amad al Amor; almas, servid al Señor; mundo, adora á tu Hacedor. Lloremos, criaturas, nuestro desamor; lloremos nuestro desvío, lloremos nuestro desagradecimiento. Tú, Dios mío, nos llamas, y nosotros nos vamos; tú nos buscas, y nosotros nos escondemos; tú nos amas, y nosotros te desdeñamos. Mi corazón, yo te doy mi corazón; mi amor, recibe mi amor; mi bien, seas tú mi bien. En mí quiero que te amen todos, y yo quiero amarte en todos. Á nadie quiero para mí, á todos los quiero para Dios. Todos los aborrezco para mí, á todos los amo para Dios. ¡Oh gran Dios mío, qué dulce entenderte es amarte! ¡qué suave admirarte es obedecerte! ¡qué útil explicarte es reverenciarte! ¡qué sabio definirte es servirtelo! Explicar á Dios es imposible. Amar á Dios es posible. Describir á Dios es imposible. Obedecer á Dios es posible. Comprender á Dios no es posible. Morir de amor por Dios es posible. Muera yo por Dios, y viva en Dios, y nunca cese de agradar y adorar á Dios, Bien y Amparo mío, Honra mía y Gloria de mi alma.

XXIV

Gozo de la Trinidad de las Personas divinas.

Con sumo contento estoy de que no te comprenda, Dios mío, sino que seas mayor que todo nuestro concepto.

Gózome que no pueda alcanzar cómo eres; conténtome con sólo admirarte, y entender que así había de ser quien es Dios perfectísimo. ¡Oh cuál serás, Dios mío, en ti, pues lo que conozco de ti sólo por sombras y fe, me hace pasmar por una parte, y por otra regocijar con un grande contento! Gózome que sea tan infinita tu bondad, que se comunique cuanto es. Alégrome que cuanto tiene el Padre comunique al Hijo, y que cuanto tiene el Hijo y Padre comuniquen al Espíritu Santo. Gózome que esté tan en su punto el amor que el Padre y el Hijo se tienen, que no sólo les haga uno por el afecto, sino una misma cosa por la realidad. ¡Oh admirable maravilla, que sea Dios Trino siendo Uno! ¡Oh veneranda Trinidad, cómo me gozo de tu incomprensibilidad! Tal debía ser tan grande Dios, que excediese todo pensamiento, toda admiración y pasmo. Adórote, Trinidad Santísima, veneranda y admirable, que eres infinita Sabiduría, inmensa Caridad, omnipotente Poder, y Gozo inefable. Tú posees en ti la plenitud y colmo de toda bienaventuranza. Cuanto es amable y deseable, tú lo encierras en ti con una perfección infinita. En ti está una comunicación llena y una unión inseparable. Tú te eres á ti misma gloria, y nobleza, y suficiencia, y bienaventuranza, y tú eres á tus criaturas también gloria, y bienaventuranza, y felicidad consumada. Tú eres suma Majestad, suma Luz, sumo Resplandor que llenas todo, lo conservas todo y lo gobiernas todo. Tú fuiste ante todas las cosas, y serás siempre. Tú estás en todo, y estás fuera de todo, y estás sobre todo. Tú eres el blanco de nuestra esperanza, y la esperanza de nuestros deseos. Tú nos serás reino, y posesión, y gloria, y bienaventuranza eterna. Creo de ti lo que me enseña la Iglesia, y gózome de lo que me enseña, tan admirable todo y maravillosísimo. Gózome de que eres mi gozo, y de todos los Santos. Gózome de que te he de gozar eternamen-

te. Dáme ahora que te sirva con lágrimas y penitencia de mis pecados, con que purifique mi alma y boca, para poder alabarte. ¡Oh suma Trinidad, una Virtud, indivisa Majestad, Dios nuestro, Dios Todopoderoso! confieso y alábole yo el menor de tus siervos y el más pequeño de tu Iglesia. Confieso y glorificote con debido sacrificio de alabanza, como sé, y puedo, y has querido dar á este pequeño. Y porque me faltan dones exteriores que pueda ofrecerte, oírezco lleno de gozo, de todo corazón, con fe no fingida, y conciencia pura, los deseos de alabarte que en mí hay por tu misericordia. Creo, pues, en ti, Rey y Señor del cielo y de la tierra, de todo corazón; y con mi boca te confieso Padre é Hijo y Espíritu Santo, Trino en Personas, y Uno en substancia, Dios verdadero y Todopoderoso, de una simple, incorpórea, invisible, inmensa naturaleza, que no tienes en ti cosa superior, menor ni mayor, sino que eres de todas maneras perfecto sin fealdad, grande sin cantidad, bueno sin calidad, eterno sin tiempo, vida sin muerte, fuerte sin flaqueza, verdadero sin mentira, presente en todo lugar sin ocuparle, hinchas todas las cosas sin extensión, acudiendo á ellas sin contradicción, á todas las pasas sin moverte, y estás dentro dellas, y no fijo. Críaslas sin necesidad, gobiérnaslas sin trabajo, y dáslas principio sin ellas tenerle, háceslas mudables sin mudarte. En bondad sumo, en sabiduría inestimable, en consejos terrible, en juicios justo, en pensamientos secretísimo, en palabras verdadero, en obras santo, en misericordias rico, para los delinquentes pacientísimo, siempre uno mismo, eterno, y sempiterno, inmortal é inmutable: á quien ni el espacio ensancha, ni la estrechura del lugar es angosta, ni lugar alguno estrecha, ni la voluntad, ni la necesidad corrompe, ni las cosas tristes le turban, ni las alegres le halagan. Á quien ni quita el olvido, ni pone la memoria, ni las cosas pasadas pasan, ni

suceden las que están por venir. Á quien ni da el origen principio, ni el tiempo y sucesos fin, sino que vives eternamente ante todos los siglos, y en los siglos, por todos los siglos, y tienes alabanza perpetua, eterna gloria, suma potestad, y singular honra, perpetuo imperio, y reino sin fin, por infinitos, infatigables é inmortales siglos de los siglos. Amén.

XXV

Gozo y alabanza de la Persona del Padre Eterno.

Gózome, Padre de las lumbres y de misericordias, por tu infinitad y potencia. Alábole por tu misericordia y liberalidad inmensa. Engrandézcante los ángeles por tu inefable bondad, que no pudo contenerse sin comunicarse todo cuanto es. ¡Oh cuán infinitamente eres bueno, pues infinitamente te comunicas! Tu bondad, como es tan perfecta, no pudo dejar de ser fecunda, y así produjiste otro semejante á ti, Hijo tuyo Unigénito al cual engendraste entre resplandores de santidad, tan bello, tan hermoso, tan perfecto como tú; resplandor é imagen tuya, luz de luz, y Dios verdadero de Dios verdadero. Tú, que diste virtud á la tierra para producir las plantas, y á las plantas para llevar frutos, y á los frutos para brotar en otros árboles semejantes; y á los animales haces fecundos para que críen hijos, ¿cómo podías ser estéril siendo Autor de toda fecundidad, perfección y hermosura? ¿Cómo podías ser menos, sino que siendo infinitamente bueno y perfecto, habías de ser también infinitamente fecundo, con un Hijo infinitamente perfecto y bello? Dóite mil parabienes por el Hijo que tienes, y dóite infinitas gracias, pues amándole tanto como á ti mismo, le entregaste á la muerte por mí. Gózome que en tu Hijo tengas compañía de tu bienaventuranza,

en quien se llene tu inmenso amor. Gózome del amor, de la suavidad, de la dulzura, del agrado, del purísimo deleite, de la eterna felicidad que gozas con tu Hijo. Agradecidísimo te estoy que estando tan contento, tan dichoso, tan rico, tan bienaventurado con tu Unigénito, por ser tu semejante, con todo eso quisieses que se hiciese semejante á mí, porque me estaba bien; y que aquel á quien engendraste eternamente, naciese temporalmente para que muriese por mí. Dános que te agradezcamos este amor y fineza más que de Padre. Dános que te reverenciamos como á tal, y te reconozcamos como bienechor. Tú que eres principio de toda paternidad, concédenos que seamos hijos tuyos, que pues nos diste tu Hijo natural, nos recibas por adoptivos.

XXVI

Gozo de la Persona del Hijo de Dios.

¿Qué cosa me debe más alegrar que tener por Hermano al que es Hijo de Dios, al Unigénito del Rey de los reyes y Señor de los señores? Gózome, Verbo Eterno, que procedas de tan buen Padre, tan Perfecto y Santo. Regocíjome que seas perfectísimo retrato de su substancia y dechado á toda criatura. Tú eres sabiduría engendrada, razón increada, omnipotente palabra, resplandor de gloria, candor de la luz eterna, carácter de la substancia paterna. Tú eres suma virtud, primera potestad, espejo sin mancha, hermosura inmensa, fuente de sabiduría. Gózome que te ame el Padre como lo merece tu infinita Bondad. Gózome que entre ti y tu Padre hay todas las razones de quererse, hay semejanza cumplida, dilección mutua, unidad en la naturaleza, identidad, comunicación, hermosura, bondad, conformidad y generación. Gózome del infinito amor, y

suavidad, y regalo con que estás en el seno de tu amoroso Padre; y gózome de la infinita caridad con que por amor de tus esclavos descendiste de los Cielos á tomar forma de esclavo. Gózome, Redentor mío, del infinito celo que tuviste de la gloria de Dios, pues por mirar por su honra quisiste ser afrentado. ¡Oh alegría de los cielos, cuánto te debe amar tu Padre, y cuánto te deben servir los hombres, y cuánto te deben alabar los querubines, pues siendo la gloria de los ángeles, quisiste ser el oprobio de los hombres, para que tu Padre fuese honrado! Siendo Sabiduría infinita, quisiste que te tuviesen por necio y sin juicio. Siendo el brazo de Dios omnipotente, quisiste ser tratado como flaco. Siendo Dios, te humillaste más que un gusanillo. Siendo Hermosura divina, quisiste ser afeado hasta que desconociesen tu rostro humano. Siendo gozo y felicidad eterna, quisiste padecer todo género de penas y atrocísimos tormentos. Siendo vida verdadera, quisiste morir una mortálísima muerte. ¡Oh cuánto te debe tu Padre, pues miraste tanto por su honra, y cuánto te deben los hombres, pues hiciste tanto por su bien! Concédenos que aprendamos de ti á reverenciar á tu Padre, y celar su honra, aunque fuese á costa de mil vidas. Concédenos que te seamos agradecidos, correspondiendo á tantas finezas de amor con un amor muy fino, y á tan buenas obras, siquiera con afecto verdadero. Aláberte por todo los ángeles, hónrente los serafines, sírvante los hombres. ¡Oh Hijo de Dios, cuánto te debemos, que también nos quisiste hacer hijos de tan buen Padre, mereciéndonos la adopción divina! Bendita sea tu bondad, que á los que éramos esclavos de Satanás nos ensalzaste á ser hijos del Altísimo, herederos del reino de los Cielos, y hermanos tuyos. Dános que tengamos espíritu de hijos, y con obediencia y amor respetemos á tu Padre, y le sirvamos.

XXVII

Gozo de la Persona del Espíritu Santo.

¡Cuánto me consuelo, oh Espíritu divino, de tener tal consolador como tú, porque todo eres amor, todo suavidad, todo consuelo, todo gozo, todo dulzura, todo liberalidad, y todo dón! Por ti se aman el Padre y el Hijo, y tú procedes de entrambos con inefable caridad. Tú eres de uno y otro ternísimo amor, abrazo regaladísimo, ósculo dulcísimo, vínculo indisoluble. Tú eres tranquilidad infinita, paz serenísima, unión cumplida, consuelo de los tristes, dón del Altísimo, raudal de celestiales deleites, río caudaloso de gracias, mar de dulzuras. Tú eres Padre de los pobres, luz de los corazones, dador de las gracias, dulcísimo huésped de las almas, suavísimo refrigerio. Gózome de cuanto eres, por ser en ti infinitamente bueno, y para nosotros infinitamente benigno y bienhechor. Tú, como Amor infinito, triunfas de la omnipotencia de Dios, é hiciste que el Padre nos diese á su Hijo para nuestro remedio, y que el Hijo se humillase por nosotros hasta la muerte, y muerte de cruz. Tú obraste la Encarnación del Verbo, y santificaste á su Madre. Tú hiciste que quien era Dios y vida eterna, muriese por nosotros. Tú, no contento con eso, vienes á las almas de los hombres para santificarlas y habitar en ellas, llenándolas de tus dones. Gózome desta inmensa benignidad, y suavidad infinita, y caridad inopinable. Por ti participamos de la naturaleza divina y somos elevados sobre toda naturaleza criada: por ti somos queridos de Dios, y amigos suyos: por ti somos prohijados del Altísimo, y nos das espíritu de hijos de Dios. Tú escoges á las almas santas por esposas. Tú haces templos de los pechos de los justos,

donde habitas con gran gusto y consuelo nuestro. Tú llenas de virtudes sobrenaturales y dones divinos á los Santos. Tú les acuerdas los consejos de nuestro Redentor. Tú les enseñas las verdades del Cielo. Tú les consuelas en los trabajos. Tú pides por ellos con gemidos inenarrables, causándoles los deseos, gemidos y ansias con que ellos piden. Tú, finalmente, serás glorificador de las almas, gloria de los Confesores, palma de los Mártires, guirnalda de las Vírgenes, corona de todos los Santos, gozo de todos los Bienaventurados. Gózome, Señor, de lo que eres y serás para mí. Dáme, pues eres Amor de Dios, que ame solamente á Dios tan bueno, que tiene tal amor. Dáme que oiga tus inspiraciones, que admita tus consejos, que siga tu luz, que te hospede con limpieza, que triunfe de mis vicios, que destruya mi amor propio, para que viva solamente en mí el amor de mi Criador, y goce su gloria por toda una eternidad.

XXVIII

Invocación de las tres Personas divinas, sacada de San Agustín¹.

Por ti suspiro, á ti llamo bienaventurada, y bendita, y gloriosa, una Trinidad, Padre, Hijo y Espíritu Santo, Dios, Señor, Consolador, Amor, Gracia, Comunicación, Engendrador, Engendrado, y Regenerador, verdadera Lumbre, Lumbre de verdad, y verdadera Iluminación; Fuente, Río y Riego de todas las cosas. Por uno son todas las cosas, de quien, y por quien, y en quien viven, viviente por ti solo, y vivificador de todas. A ti invoco, bienaventurada Trinidad, para que vengas, y habites en mí, y me hagas Templo digno de tu gloria. Ruego al Padre por el Hijo, ruego al Hijo por el Padre, ruego al Espíritu Santo por el Padre y por el

¹ August., in suspiriis.

Hijo, que todos los vicios se alejen de mí, y todas las virtudes en mí se planten. Dios inmenso, de quien, por quien y en quien todas las cosas visibles é invisibles tienen sér, que tus obras rodeas por defuera y llenas por de dentro, por encima las riges, debajo las sustentas. Mira por mí, que soy obra de tus manos, que espero en ti, y sólo confío en tu misericordia. Guárdame aquí, y en todo lugar, ahora, y siempre, interior y exteriormente, cerca y alrededor, de manera que no hallen entrada ni lugar en mí las asechanzas de mis enemigos. Tú eres Dios, y no hay otro fuera de ti, ni arriba en el Cielo; ni abajo en la tierra. Señor, que obras cosas tan grandes y maravillosas; Dios mío, vida mía, fortaleza y alabanza mía, á ti se debe alabanza, á ti honra é himnos, á ti todos los Ángeles, y Cielos, y todas las Potestades cantan himnos y alabanzas. Alábetes, Señor, aquellos soberanos ciudadanos, magnífica y honrosamente. Alábetes el hombre, que es gran parte de tus criaturas: y yo también, hombrecillo pecador, con grande ansia te deseo alabar y amar con sumo amor. Dígnate, pues, de que yo te alabe; da luz á mi corazón, palabras á mi boca, para que él medite tu gloria, y mi lengua cante todo el día tus alabanzas. Mas porque no es hermosa la alabanza en la boca del pecador, y yo tengo manchados mis labios, suplicote que limpies mi corazón de todo lo que le mancha y afea. Santificame, Santificador omnipotente, interior y exteriormente, y hazme digno de que te alabe. Recibe benigna y afablemente de mano de mi corazón, y del amor de mi alma, recibe el sacrificio de mis labios, y sea agradable á tus ojos, y suba á ti. Tu santa memoria y tu beatísima dulzura tome posesión en toda mi alma y la arrebatte al amor de las cosas eternas. Pase, Señor, de las cosas visibles á las invisibles; de las terrenas á las celestiales; de las temporales á las eternas; pase y vea una visión mara-

villosa. ¡Oh eterna verdad! ¡Oh verdadera caridad! tú eres mi Dios, á ti suspiro de día y de noche, tú sólo eres blanco de mi deseo, á ti deseo llegar, que con tu poder nos hiciste de nada, y estando perdidos por nuestra culpa, por tu piedad y bondad nos hallaste. Ruégote no permitas seamos ingratos á tan grandes beneficios é indignos de tan grandes misericordias. A ti ruego, pido y suplico que aumentes en mí la Fe, la Esperanza y Caridad. Haz, Señor, por tu gracia, que seamos firmes en la Fe, y eficaces en la obra, para que por Fe recta y obras condignas della, lleguemos por tu misericordia á la vida eterna, para que viendo tu gloria como es en sí, adoremos tu Majestad. Gloria sea al Padre que nos crió, gloria al Hijo que nos redimió, gloria al Espíritu Santo que nos santificó. Gloria sea á la Suma Trinidad, cuyas obras son inseparables, cuyo imperio permanece para siempre. Á ti se debe alabanza, á ti himno, á ti se debe toda honra, virtud y fortaleza, que eres mi Dios en los siglos de los siglos. Amén.

XXIX

Deseos de la honra y gloria de Dios, y bien de los prójimos.

Dios mío, Hermosura infinita, cuanto me gozó de las infinitas perfecciones que posees, tanto deseo que las conozcan los hombres y te engrandezcan por ellas. Deseo con ansias del alma, y quisiera que el corazón se me abrasara y consumiera de deseos de verte honrado, glorificado, servido y amado de todos los hombres y ángeles. ¡Oh, si pudiera convertir yo los granos de arena de la mar y las hojas de los campos en hombres santísimos que te sirvieran más que San Juan Bautista! ¡Oh, si pudiera convertir los átomos del aire en abrasados Serafines que te honraran, alabaran y amaran! ¡Oh, si pudiera convertir las estre-

llas del cielo en almas tan santas como la Reina de los mismos Cielos, la Virgen Santísima, que tú criaste para suma gloria tuya! ¡Oh quién pudiera convertir los granos de arena, las hojas del campo, los átomos del aire y las estrellas del cielo en voluntades tan ardientes, tan santas, tan dignas, como es la voluntad del alma de mi Redentor Jesucristo, para que con todas ellas fueras honrado! ¡Oh quién te honrara cuanto puedes con toda tu omnipotencia hacer que te honren! ¡Oh quién padeciera, oh quién muriera mil veces, oh quién fuera despedazado, porque tu nombre fuera ensalzado! ¡Oh, si cuantos puntos tiene la cantidad de todos los cuerpos criados y posibles se convirtieran en bocas que publicaran tus grandezas, todo fuera desigual á ellas! ¡Oh, si todos los instantes que encierran los años pasados y por venir se convirtieran en eternidades, en las cuales te alabara y engrandeciera con otras tantas lenguas, todo me pareciera y sería poco! Todo esto deseo, Dios mío, y quisiera desear más. Quisiera hacer por honrarte cuanto es posible, y quisiera desearlo más que lo deseo. Recibe mi voluntad y ansias, hermosísimo Dios, y ya que no puedo yo con cosa criada satisfacer á mis deseos, huélgome que tú te amas como mereces ser amado, y que tu Hijo te honró como mereces ser honrado.

Criador y Amor mío, ¡quién hiciera que todas tus criaturas te amaran! Basta que criaste las almas para que yo las desee todo bien. Cosa que te toque á ti, ¿cómo no la he de estimar yo? ¿cómo no tengo de sentir se pierda? Hechuras tuyas son: ¿cómo no tengo de mirarlas por más que propias? Imágenes tuyas son: ¿cómo no tengo de desear no se deslustren? ¡Oh quién pudiera hacer que todos los hombres del mundo te adoraran y sirvieran! ¡Oh quién pudiera salvar á todos los hijos de Adán, aunque me costara cada uno mil vidas! Almas que te pueden glorificar mucho,

¿cómo no lloro de que se malogren? Almas que te pueden engrandecer y alabar por una eternidad, ¡áljome en el alma que no te den cuanta gloria pueden. Por almas que compró Jesús con su sangre daré yo la mía de mil amores. ¡Oh quién viese que todo el mundo te adorase, que todas las gentes te conociesen, que todas las naciones te sirviesen, que todos los pueblos te honrasen, que todos los hombres te amasen más que los Serafines! mil vidas diera yo por esto, mil honras, mil imperios, mil mundos. No digo yo por las almas de todos los hombres, sino por una sola que no se perdiese, no me hartara yo de morir y de padecer por su remedio. Recibe, Dios mío, mi deseo; y lo que deseo por otros haz que lo procure en mí. Si por la salvación de un extraño padeciera yo todo tormento, padezca por la mía algunos, haciendo penitencia de mis culpas.

XXX

Deseos del cumplimiento de la Voluntad divina.

Amor mío, y Bien mío, pues me amas y tienes tan buena voluntad, que porque yo viviese tú moriste, deseo ardientemente que se cumpla. Voluntad de un Dios tan bueno, ¿cómo nos puede estar mal? Voluntad de un Señor que tal hizo, que dió la vida porque no muriesen sus esclavos, ¿cómo no tengo de desear con ansias del corazón que se cumpla en mí? ¡Oh Señor, y cómo deseo que se haga cuanto quieres, pues no puedes querer mal! ¡Cómo me puedo quejar de padecer algún mal, pues Dios lo da, y lo da por bien y para bien! Por cierto que aunque nos estuviera mal alguna cosa, la habíamos de llevar y sufrir por quererlo tú, que eres Dios de suma Majestad y Autoridad. Pero siendo para nuestro bien, ¿qué mucho hacemos? Cúmplase, por cierto, Dios mío, tu voluntad en mí, aunque me

cueste mucho; que pues el padecer por mí quien no debía padecer nada, me estuvo tan bien que me valió la vida, no es mucho que padezca yo, y me estará bien el padecer también. Pero demos que no fueras de tan soberana Majestad y Grandeza como eres, y que no nos estuviera bien el padecer algo; basta que me ames y que yo te ame, para que quiera lo que tú quieres y me conforme en todo con tu gusto. Por cierto, Señor, que aunque pudieras errar, que habíamos de seguir lo que tú quieres, por sólo la autoridad tuya. Pero siendo Sabiduría infinita, que necesariamente aciertas, ¿qué mucho hacemos? Cúmplase, por cierto, tu voluntad en todo, y cumplámosla en la observancia de todos tus preceptos. Dáme gracia para que no falte, ni en una tilde, de todo cuanto me mandaste. Esto te suplico y oro con tu siervo Agustino.

ORACIÓN DE SAN AGUSTÍN

Tú, Señor, que moras en las alturas, y miras las cosas humildes en el Cielo y en la tierra; á ti del profundo da voces mi alma pecadora, á ti gime, por ti suspira por su bien; no apartes la presencia de tus oídos de sus sollozos y clamores; óyela como oíste á la Cananea, y ten misericordia della, como la tuviste de la mujer pecadora; óyela por la gracia de tu benignidad. Ruégote que la oigas por aquella hora en que dijiste á tu Padre: «Padre, en tus manos encomiendo mi espíritu», cuando, inclinada la cabeza, le entregaste tu alma gloriosa: por aquella hora te suplico me oigas, y tengas misericordia de mi alma. No haya en mí (te ruego) ardor, ni deseo de carne, sino que habite en mí el amor de la castidad hermosísima, sea espacioso en oír tu palabra, presuroso para cumplirla, solícito en tu temor, perfecto en tu amor, constante en tu fe, y en tu amor y del

prójimo fervoroso. No me queme con el fuego del aborrecimiento, ni con la ponzoña de la envidia me consuma. Inspira en mí siempre buenas obras; haz que las haga, y persuádeme á que te ame. Dáme fuerzas para tenerte, guárdame para que no te pierda. No entre ni se detenga en mi casa (que debe ser tu morada) el pie de la soberbia, ni de la gula, ni de la concupiscencia de la carne, ni la avaricia, ni la envidia, ni la ira, ni la tristeza, ni la vanagloria. Sólo te pido una profunda humildad, pues dijiste: «¿En quién descansaré sino es en el humilde y pacífico?» Dáme una profunda humildad, con la cual se humille la altivez de la carne y de la soberbia que me ahogan. Dáme una abstinencia medida, que tenga á raya la demasiada glotonería que me combate. Dáme castidad de corazón, que me haga limpio y casto; y da que no me revuelque en la gula sucia de la carne. Dáme un gran amor de la caridad, con el cual se apague el vicio de la envidia. Dáme paciencia para sufrir, para que la cruel bestia de la envidia desfallezca vencida. Dáme esperanza del gozo eterno, con la cual la melancolía y amargura se mitigue.

Concédeme que mi alma se satisfaga interiormente de la buena obra, y eche la vanagloria fuera de mí; no haya en mí jactancia. Dáme, Señor, tener justicia en todas las cosas y tener templanza perpetua, y hazme sencillo y prudente, para que con sencillez viva una vida santa, y prudentemente huya el mal, para que pueda entender los engaños de la astucia y embustes del demonio, porque no me engañe con especie de bien y pueda discernir con razón, y prevenir lo bueno que he de hacer y lo malo que he de huir. Hazme también blando, apacible, pacífico, modesto, manso, sin ficción, unánime con todos los buenos, y en las vigiliias, ayunos y oraciones, constantemente esforzado. Dáme también mansedumbre, y moderación, y que ha-